

LIBERTAD, TRADICION, CONSERVATISMO

UNA SOLUCION RAZONABLE PARA EL REORDEN DE LAS DIFERENCIAS ENTRE LOS CONSERVADORES

FRANK S. MEYER

En la pasada media docena de años se ha visto un desarrollo del pensamiento conservador en los Estados Unidos sin paralelo en una centuria.

Es irónico, aunque no sin precedente histórico que tal brote de energía creativa en el nivel intelectual ocurra simultáneamente con una continuada extensión de la influencia del liberalismo en la esfera de la política práctica, hasta el punto que ha tomado una posición decisiva de poder tanto en el Partido Demócrata como en el Republicano. Pero, irónico o no, es un hecho. Por la primera vez en los actuales Estados Unidos toda una escuela ha surgido para retar conscientemente las bases mismas del liberalismo colectivista; dos publicaciones intelectualmente serias, *Modern Age* y *National Review*, se han establecido íntegramente en la vida de la nación; y un número creciente de estudiantes por graduarse, ya graduados y jóvenes profesores de las universidades abiertamente se proclaman conservadores. Lo más importante es, quizá, el intenso y amplio debate que ha tenido lugar entre conservadores sobre el significado y materia del conservatismo en las circunstancias actuales de los Estados Unidos en la mitad del siglo XX.

A este debate es al que quiero referirme. En el curso de él se han desarrollado doctrinas en apariencia agudamente opuestas las unas a las otras y con frecuencia presentadas como mutuamente incompatibles pero que creemos pueden en realidad unirse dentro de una sola y más amplia teoría política conservadora puesto que sus raíces están basadas en una misma tradición y dispuestas en contra de un enemigo común. Su divergencia, que toma muchas formas, es esencialmente una división entre aquellos que extraen del cuerpo de las doctrinas Occidentales su empeño por la libertad y por la innata importancia de la persona individual —lo que puede llamarse la posición libertaria—, y aquellos que extrayéndolo de la misma fuente se empeñan en los valores de la virtud y el orden —lo que pudiéramos llamar la posición tradicionalista—.

Pero la fuente de la que ambas se nutren, la permanente conciencia de la civilización Occidental, se ha distinguido específicamente por su habilidad en mantener esos fines aparentemente opuestos en equilibrio y tensión; y de hecho las dos posiciones que se enfrentan la una a la otra en el escenario conservador de América, ambas, implícitamente, aceptan, en gran escala, los fines de la otra. Sin la aceptación implícita de un campo absoluto de valores, la preeminencia de la persona como criterio del pensamiento y acción político social, no tiene fundamento filosófico; y la libertad sería solamente una excitación sin sentido y nunca podría llegar a ser la verdadera meta de una política seria. Por

otra parte la creencia en que la virtud es una finalidad del ser humano implícitamente reconoce la necesidad de libertad para escoger esa finalidad; de otra manera la virtud no sería más que un modo de hablar condicionado. Y el ascender el orden al rango de un fin apagando y subordinando al individuo, haría del orden, no lo que el conservador tradicionalista quiere hacer de él, sino la regla de una autoridad totalitaria inhumana e infrahumana.

Por ningún lado existe un firme, filosóficamente fundado, rechazo de las finalidades que la otra parte proclama; mas bien cada parte enfáticamente sostiene la gran tradición de Occidente que considera como decisiva y es por eso que la confusión se asienta. Las metas de la tradición total de Occidente se pierden de vista y la complementaria interdependencia entre la libertad y la virtud del individuo y el orden político se olvida.

Sin embargo, aunque estos énfasis opuestos en el pensamiento conservador pueden, y con frecuencia lo hacen, separarse el uno del otro cuando sus proponentes se olvidan de un aspecto de su herencia común, cual es la creencia en la virtud como el verdadero fin del hombre y de su libertad bajo el ojo de Dios como condición indispensable de la consecución de tal fin, su oposición no es irreconciliable precisamente porque ellos, de hecho, poseen esa misma herencia. Los extremistas de un bando pueden no perturbarse por el peligro de la recrudescencia del totalitarismo autoritario si ello les sirve para el establecimiento de las doctrinas que sostienen.

A los extremistas del otro bando les importa poco lo que pase a esos valores de virtud y orden si logran mantener el individualismo político y económico. Pero ambos extremos se destruyen mutuamente: La verdad se marchita cuando la libertad muere, aun cuando sea legal la autoridad que la mata; y el libre individualismo desprovisto de valor moral se pudre en las raíces y prepara el terreno en el que brota la tiranía.

Tales extremos sin embargo, no son necesariamente el resultado de una dialéctica entre doctrinas que afirman aspectos opuestos de una misma verdad. Por supuesto una dialéctica entre los diferentes énfasis basada sobre el mismo entendimiento fundamental es el medio por el que los hombres han alcanzado mucho del saber que contiene la tradición. Tal dialéctica es en sumo grado necesaria hoy entre los que mantienen la posición libertaria y la posición tradicionalista entre los conservadores. No puede menos que alcanzar resultados de gran significado, especialmente si los protagonistas, manteniendo el aspecto de la verdad que cada

uno considera decisivo, mantienen también, constantemente, la vista consciente sobre otros aspectos complementarios de la misma verdad.

La tendencia a establecer falsas antítesis que destruyen una confrontación fructífera, nace, en parte, de un dilema inherente del conservatismo en una era revolucionaria como la nuestra. Hay una verdadera contradicción entre la profunda devoción del espíritu conservador hacia la tradición, normas y preservación de las fibras de la sociedad (lo que se ha dado en llamar "conservatismo natural") y el más razonado, concientemente disciplinado, conservatismo militante que se hace necesario cuando las fibras de la sociedad han sido violentamente rotas, cuando principios revolucionarios corren rampantes y la restauración, no la preservación, es la orden del día. Puesto que lo que el conservador está obligado a conservar no es simplemente lo que suelen ser las condiciones establecidas de unos pocos años o unas tantas décadas, sino el consenso de su civilización, de su patria, mientras ese consenso, a través de los siglos, haya reflejado la verdad derivada de la misma constitución del ser. Nosotros estamos históricamente hoy en una situación creada por 30 años de una constante e insidiosa revolución interna y medio siglo de una abierta revolución externa. Conservar la verdad y el bien bajo tales circunstancias es restaurar un entendimiento (y una estructura social que refleje tal entendimiento, que ha sido abandonado, no preservar costumbres transitorias y normas del presente. Es aquí donde el dilema del conservatismo afecta nuestro debate doctrinal presente. La necesidad, en nuestras circunstancias, de un uso vigoroso de la razón para combatir la ola colectivista, cientificista y amoral del presente tiende a inducir en el liberal una apoteosis de la razón y el desprecio de la tradición y de las normas que él identifica con las prevalentes normas de la actualidad. El tradicionalista, sospechando que ve en la tendencia liberal la misma fiebre de imponer sobre los hombres una ideología especulativa y abstracta que ha caracterizado a la revolución de nuestro tiempo, —así como a la Revolución Francesa y sus ascendientes espirituales— tiende a reconcentrarse y a su vez mantener una posición unilateral. Muy a menudo confunde la razón y los principios con una "ideología demoníaca". En vez de justamente insistir en los límites de la razón —las limitadas fronteras de la previsión de un hombre o de una generación y la responsabilidad de emplear la razón en la doctrina de una tradición continua— el tradicionalista parece que le vuelve las espaldas del todo a la razón y coloca los reclamos de las normas y costumbres en oposición irreconciliable con ella.

Ambas actitudes oscurecen la verdad; ambas vician el valor de la dialéctica. La historia de Occidente ha sido la historia de la razón operando dentro de la tradición. El equilibrio ha sido tenue y la tensión ha sido tan tensa que se ha hecho casi espiritualmente insoportable; pero de este equilibrio y de esta tensión la gloria de Occidente ha sido creada. Reclamar la soberanía exclusiva sobre ambos componentes —razón o tradición— es manchar esa gloria y paralizar las potencialidades del conservatismo en su lucha contra el Leviatán liberal colectivista.

La razón abstracta, funcionando en un vacío de tradición puede, sin duda alguna dar vida a una ideología árida y confusa pero, en una edad revolucionaria, las cualidades del conservatismo natural pueden conducir por sí mismas a la entronización del poder prevalente de la revolución. El conservatismo natural es una legítima característica humana y en tiempos normales conduce al bien. Representa la tendencia humana universal de mantenerse ligado a la costumbre, a mantener los modos de vida actuales. En tiempos normales puede existir en saludable tensión con la otra característica natural igualmente humana, cual es el impulso de lanzarse más allá de los límites establecidos en la búsqueda de la verdad y la entronización de los valores. Pero esto es posible solamente antes de que las fibras de la sociedad se aflojen, antes de que "la trama de las costumbres" se rompa. Estas dos tendencias humanas pueden, pues, mantenerse en una justa proporción, ya que todos los hombres de cualquier condición que sean, cada cual en el nivel de su comprensión, creen en el mismo campo trascendente de la virtud y los valores, eternos y dinámicos. Pero cuando, por cualquier causa esta unidad en la tensión se rompe, cuando la dinámica se esfuma en el aire, apartándose del ritmo perpetuo de la vida, en fin, cuando una fuerza revolucionaria destruye la unidad y el equilibrio de la civilización, entonces el conservatismo debe ser de otro modo si es que ha de cumplir con su responsabilidad. No puede, limitarse a esa aceptación sin crítica, a esa reverencia sin complicaciones que es la esencia del "conservatismo natural". El mundo de la idea, del símbolo y la imagen, ha sido vuelto al revés; la corriente vital de la civilización ha sido interrumpida y dispersa.

Esta es nuestra situación. Lo que se requiere de nosotros es un conservatismo consciente, una clara y respaldada reafirmación de los principios ante las nuevas circunstancias de la verdad filosófica y política. Este conservatismo consciente no puede ser una simple actitud piadosa, aunque en un sentido profundo debe tener piedad hacia la constitución del ser. Sin embargo, en esta nueva conciencia debe necesariamente reflejar una reacción al rudo rompimiento que la revolución ha causado en la continuidad de la sabiduría humana. Está llamado hacia adelante por la sensación de pérdida que tal rompimiento ha creado. No puede ahora identificarse con el conservatismo natural por el que añora. El mundo en el que existe es un mundo revolucionario. El aceptarlo, el conservarlo, sería aceptar y conservar la misma negación de la inteligencia humana, la misma destrucción de la verdad alcanzada que es la esencia de la revolución.

Ni puede, tampoco, el conservatismo consciente que se requiere de nosotros apelar simple y llanamente al pasado. El pasado ha tenido muchos aspectos, todos mantenidos en mesurada suspensión. Pero la revolución ha destruido esa suspensión, esa tradición; la delicada trama no puede ya rehacerse en la misma forma idéntica; su carácter integral ha desaparecido. El conservatismo consciente de una era revolucionaria o post-revolucionaria se encara a problemas inconcebibles para el conservatismo natural de los tiempos pre-revolucionarios. Los modos de pensar del conservatismo natural no son,

por sí mismos, adecuados para las tareas de los tiempos como estos. Hoy el conservatismo no puede simplemente afirmar. Debe seleccionar y juzgar. Es conservador, porque en su selección y en su juicio se basa sobre la acumulada sabiduría de la humanidad adquirida a través de milenios, porque acepta los límites sobre los juegos irresponsables de la razón sin normas que los valores inalterables presentados por aquella sabiduría ha dictado. Pero esto es, tiene que ser, no la aceptación de lo que yace ante él en el mundo contemporáneo, sino su reto. En una era como la nuestra el actual régimen en el pensamiento filosófico como en el político y social, es fundamentalmente errado. Aceptarlo es ser, no conservador, sino cómplice de la revolución.

Situaciones de esta naturaleza han surgido una y otra vez en la historia de la civilización; y cada vez los grandes renovadores han sido aquellos que han tenido la habilidad de recobrar los verdaderos principios de las ruinas de su herencia. Fueron guiados por la razón —la razón influida, es verdad, por la prudencia, pero ante todo por la razón. Como Sócrates, Platón, Aristóteles, confrontando el caos del cuerpo político y de las mentes de los hombres creados por el orgullo del "demos" ateniense, nosotros no vivimos en la edad feliz de un conservatismo natural. Nosotros no podemos simplemente reverenciar; nosotros no podemos ciegamente seguir la tradición, porque la tradición presentada a nosotros se está rápidamente convirtiendo, gracias al prevalente clima intelectual, gracias a las escuelas, gracias a las exhortaciones de todos los medios agentes que moldean la opinión y las creencias, en una tradición de un positivismo despreciador de la verdad y la virtud, en la tradición del colectivismo, la tradición del estado sin normas.

El conservador de hoy, como el conservador consciente de todas las eras revolucionarias, no puede escaparse de la necesidad y el deber de apoyarse en la razón para estudiar los problemas que confronta. El tiene que separar lo verdadero de lo falso aplicando principios básicos en la tarea de escarbar en la masa de la confusión y falsedad; él tiene la responsabilidad de establecer, en las nuevas circunstancias, modos de pensar y arreglos institucionales que deberán expresar la verdad de la gran tradición de Occidente. Respetuoso como es de la sabiduría del pasado y reverente como es hacia los precedentes y las normas, las tareas que encara sólo puede llevarlas a cabo con la ayuda de la razón, la facultad que nos permite distinguir los principios y separar lo verdadero de lo falso.

La proyección de una antítesis aguda entre la razón y la tradición trastorna la verdadera armonía que existe entre ellos e impide el desarrollo del pensamiento conservador. No hay un verdadero antagonismo. El conservatismo para continuar desarrollándose hoy debe abrazar a ambas: La razón operando dentro de la tradición, ninguna de las dos fuerzas ideológicas abstractamente, creando utopías, ignorando la acumulada sabiduría de la humanidad, ni ciegamente dependiendo de esa sabiduría para contestar automáticamente las preguntas hechas a nuestra generación y demandando nuestra propia aportación de mente y espíritu.

Intimamente relacionada con la falsa antítesis entre

la razón y la tradición que confunde el diálogo entre el énfasis libertario y el tradicionalista entre conservadores, está nuestra herencia histórica de la lucha del siglo XIX europeo entre el clásico liberalismo y el conservatismo que ha sido a menudo rígidamente autoritario. Concedo que hay mucho en el liberalismo clásico que los conservadores deben rechazar, sus fundamentos filosóficos, sus tendencias hacia las utopías, su desprecio explícito, aunque de ningún modo implícito, de la tradición; concedo que esa es la fuente de mucho de lo que es responsable de la situación del siglo XX, pero su campeonato por la libertad y el desarrollo de teorías políticas y económicas dirigidas hacia la consecución de la libertad, han contribuido a nuestro acervo, concepto que necesitamos conservar y desarrollar, así como necesitamos rechazar la ética utilitarista y el progresivismo secular que el clásico liberalismo nos ha transmitido.

El conservatismo del siglo XIX con toda su comprensión de la preeminencia de la virtud y el valor, con toda su devoción hacia la continuada tradición de la humanidad, fue muy arrogante hacia los reclamos de la libertad, estuvo muy decidido a subordinar al individuo a la autoridad del estado o de la sociedad.

El conservador de hoy es el heredero de lo mejor en ambas de estas dos ramas bifurcadas de la tradición Occidental. Pero la división permanece y añade dificultades al decurso conservador. El tradicionalista, aunque en la práctica lucha a la par del libertario en contra del estado colectivista del siglo XX, tiende a rechazar las teorías políticas y económicas de libertad que nacen del liberalismo clásico, en su reacción en contra de sus falsas metafísicas. El rechaza lo verdadero con lo falso, creando obstáculos innecesarios en el diálogo mutuo en que está empeñado con su *alter ego* libertario. El libertario, por su parte, sufriendo de la herencia del siglo XIX campea por la libertad, reacciona en contra del énfasis del tradicionalista sobre el precedente y la continuidad por razón de su antipatía al autoritarismo con que ese énfasis ha sido asociado, aunque en la actualidad sostenga firmemente esa misma continuidad y tradición en contra de la creciente ola revolucionaria del colectivismo y estatismo.

Nosotros somos víctimas de una inherente tragedia en la historia del liberalismo clásico. Así como ha desarrollado las doctrinas políticas y económicas de la limitación del poder del estado, la economía del mercado libre y la libertad de la persona individual, ha socavado, por su utilitarianismo, los fundamentos en las creencias de un orden moral orgánico. Pero la única base posible de respeto por la integridad de la persona individual y por el valor primordial de su libertad es la creencia en un orden moral orgánico. Sin esa creencia ninguna doctrina de libertad política y económica puede permanecer en pie.

Además, cuando tal creencia no es aceptada universalmente, una sociedad libre, si pudiera existir, vendría a ser una guerra licenciosa de todos contra todos. La libertad política, negando una amplia aceptación de la obligación personal al deber y la caridad, nunca es viable. Desprovistos de una comprensión de los fundamentos filosóficos de libertad y expuestos a la rapacidad de merodeadores sin conciencia, los hombres olvidan que

son completamente hombres solamente al grado de que son libres para escoger sus propios destinos y se inclinan a cualquier falacia que les promete bienestar y orden.

El clásico liberal como filósofo socavó los fundamentos de las doctrinas políticas y económicas del liberalismo clásico. Pero a pesar de lo mucho que él ha contribuido a nuestros infortunios, él mismo continúa viviendo del capital moral heredado de centurias de Cristianidad. Sus doctrinas filosóficas han atacado los fundamentos de la conciencia. Como ha dicho Christopher Dawson: "El viejo liberalismo con todas sus limitaciones tiene sus hondas raíces en el alma de la cultura Cristiana y Occidental". Con estas raíces aun sin cortarse, el liberal clásico ha podido desarrollar las teorías de libertad política y económica que es parte de nuestra herencia conservadora de hoy.

Los malentendidos entre el libertario y el tradicionalista son hasta cierto punto el resultado de una falta de comprensión de los diferentes niveles en los que las doctrinas clásicas liberales son válidas e inválidas. Aunque el liberal clásico olvidó —y el libertario conservador contemporáneo algunas veces tiende a olvidar— que en el reino de lo moral la libertad es solamente un medio por el cual los hombres pueden perseguir su propio fin, que es la virtud, él sí comprendió que en el reino de lo político la libertad es el fin primario. Si, siguiendo a Acton, "tomamos el establecimiento de la libertad para la realización de las obligaciones morales como "el verdadero fin de la sociedad civil", el conservador tradicionalista de hoy viviendo en una edad en que la libertad es lo último en que piensan nuestros mentores políticos, tiene muy poca razón para rechazar las contribuciones a la comprensión del término libertad de los liberales clásicos, corrompidas como sea su comprensión de los fines de la libertad. Su error yace principalmente en la confusión de lo temporal con lo trascendente. Ellos no pudieron distinguir entre el autoritarismo con el que los hombres suprimen la libertad de sus semejantes y la autoridad de Dios y la verdad.

Por otra parte, el mismo error en reverso ha viciado el pensamiento de los conservadores del siglo XIX. Respetaban la autoridad de Dios y la verdad tal como la recibían de la tradición pero muy a menudo imbuían el autoritarismo de los hombres e instituciones con la aureola sagrada de la autoridad divina. Cayeron en la tentación de hacer de la tradición, cuyo principal papel es servir de guía en las operaciones de la razón un arma con la cual suprimir la razón.

Es verdad que de su comprensión de las bases de la existencia moral de los hombres, de su reverencia por la continuidad y los precedentes que unen el presente al pasado, el conservatismo contemporáneo ha heredado los elementos vitales de su existencia misma. Sin embargo no podemos hacer de las grandes mentalidades conservadoras del siglo XIX los guías perfectos a quienes debemos seguir ciegamente así como no podemos condenar a sus clásicos oponentes liberales. Profundos como fueron en las esencias del ser humano, en su destino a la virtud y su responsabilidad de buscarla, en su obligación en el orden moral, ellos también fallaron a menudo en darse cuenta que la condición **política** de la realización moral es la libertad sin coerción. Señalada-

mente fallaron en reconocer el decisivo peligro de una unión del poder político y económico, un peligro que cada día se hace más grande a ojos vista mientras la ciencia y la tecnología crean en conjunto inmensos elementos de energía económica. Conscientes, como no lo fueron los liberales clásicos, de la realidad del pecado original olvidaron que sus efectos son mucho más virulentos cuando los hombres manejan poderes ilimitados. Esperando que el estado promueva la virtud olvidaron que el poder del estado descansa en manos de hombres tan sujetos a los efectos del pecado original como aquellos que gobiernan. No podían, ni querían, ver una verdad que los liberales clásicos comprendieron: que si al poder naturalmente inherente al estado, de defender a los ciudadanos de la violencia, interna y externa, y administrar justicia, se le añade el poder positivo sobre la energía económica y social, la tentación a la tiranía viene a ser irresistible y las condiciones políticas de libertad desaparecen.

La tendencia del conservador tradicionalista a insistir en que la cristalización del modo de ver conservador de hoy requiere solamente el mantener los principios de aquellos que se llamaron conservadores en el siglo XIX simplifica el problema confundiendo. Que el conservador es uno que conserva la tradición no significa que su tarea es la árida imitación y repetición de los que otros han hecho antes. Es verdad que en último caso sobre la base del destino humano, las verdades nos han sido dadas de manera que nosotros no podemos mejorarlas sino solamente traspasarlas y hacerlas reales en el contexto de nuestro tiempo. En esto, por supuesto, los conservadores del siglo XIX desempeñaron un papel heroico en preservar la vieja imagen del hombre como criatura de un destino trascendente ante los ataques de la tendencia abrumadora de la época.

En el campo político y económico, sin embargo, estas verdades establecieron los fundamentos para un entendimiento de la finalidad de la sociedad civil y la función del estado. Esa finalidad, garantizar la libertad para que los hombres puedan sin coerción alguna perseguir la virtud, puede alcanzarse en diferentes circunstancias por medios diferentes. A la clarificación de cuales son estos medios en circunstancias específicas, el conservador debe aplicar su razonamiento. Las circunstancias tecnológicas del siglo XX exige sobre todo la división del poder y la separación de los centros de poder —ambos dentro de la economía misma, dentro del estado mismo y entre el estado y la economía. El poder de una magnitud, jamás soñada antes por los hombres, ha sido puesto en acción. Mientras la separación del poder ha sido siempre esencial en una buena sociedad, si aquellos que lo poseen han de ser preservados de la corrupción y aquellos que no lo tienen han de ser salvaguardados de coerción, esto viene a ser una obligada necesidad bajo las condiciones de la moderna tecnología. Al análisis de este problema decisivo y al desarrollo de las soluciones políticas y económicas del mismo el liberalismo clásico ha contribuido grandemente. Si rechazamos tal herencia estaremos despreciando algunas de nuestros más poderosas armas en contra del socialismo, comunismo, y liberalismo colectivista. El tradicionalista que nos obligara a ello por razón de los errores filosófi-

cos del liberalismo clásico, como el libertario que rechaza la tradición porque ha sido asociada algunas veces con el autoritarismo, seriamente debilitan el desarrollo de la doctrina conservadora.

El hecho histórico es —y añade a la complejidad de nuestro problema— que la gran tradición de Occidente ha venido a nosotros a través del siglo XIX, partida y bifurcada por la que nosotros debemos ayudarnos de aquellos que se llamaron a sí mismos conservadores en ese siglo como también de aquellos que se llamaron a sí mismos liberales. Los economistas de la tradición liberal británica, desde Adam Smith, por medio y a través de los despreciados Manchesterianos, como los economistas austríacos desde Menger y Bohm Bawerk hasta Mises y Hayek, analizaron las condiciones de la sociedad industrial y establecieron los principios sobre los cuales el poder colosal que ella produce puede ser desarrollado para el uso del hombre sin amamantar un monstruoso Leviatán. Sin su poderoso empeño intelectual estaríamos desarmados ante las economías colectivistas de Marx, Keynes y Galbraith. Y en la esfera de la teoría política que ha sobrepasado a los liberales del siglo XIX en su profética comprensión de los peligros del todopoderoso estado? Los conservadores hoy, no pueden rechazar ningún lado de la herencia del siglo XIX; deben servirse de ambos.

Las diferencias de énfasis entre los libertarios y los tradicionalistas no pueden evitarse, ni tampoco deben lamentarse. El conservatismo no tiene una línea divisoria monolítica. Nuestra tarea es sobreponer a la bifurcación de la tradición Occidental del siglo XIX un diálogo útil, no perpetuar aquella rehusando entender la complejidad y anchura de nuestra herencia por razón de un angosto historicismo que desentierra pasados emblemas partidistas.

Estamos perfectamente conscientes que lo que hemos venido diciendo puede criticarse como eclecticismo y atacarse como un esfuerzo para ahogar los principios. Pero no es el hacer a un lado las creencias, ya sean del conservador libertario o del conservador tradicionalista, para hacerle frente al liberalismo colectivista contempo-

ráneo, lo que aquí se ha escrito. Antes por el contrario, es la profundidad de las creencias que cada uno mantiene a través del desarrollo de sus implicancias en una dialéctica libre de ruines distorsiones. La profundidad —y el desarrollo de una común doctrina conservadora comprensiva de ambos énfasis no puede alcanzarse de una manera superficial ignorando diferencias o apagando distinguos intelectuales con grandiosa fraseología. Sólo puede obtenerse por medio de una dialéctica firme, mas una dialéctica en la que ambos lados reconozcan que no solamente tienen un enemigo común sino que también tienen, a pesar de todas las diferencias una común herencia.

Como Americanos tenemos por supuesto una gran tradición de la que servirnos, en la que la división, la bifurcación del pensamiento Europeo entre el énfasis en la virtud, el valor y el orden y el énfasis en la libertad y en la integridad del individuo han sido sobrepasados y la armoniosa unidad de los polos opuestos del pensamiento Occidental fue alcanzado en la teoría política y en la práctica como nunca antes o después. Los hombres que crearon la república que moldearon la constitución y produjeron ese monumento de sabiduría política. El Federalista, que representaba entre ellos un tan gran conflicto de énfasis como ninguno en el conservatismo Americano contemporáneo. Washington, Franklin, Jefferson, Hamilton, Adams, Jay, Mason, Madison, entre ellos existieron inmensas diferencias en sus reclamos de la persona individual y sus reclamos de orden, en la relación de la virtud y la libertad. Pero su dialéctica se condujo dentro de la continuada conciencia de una herencia común. De esa dialéctica crearon una teoría política y una estructura política basadas en el entendimiento que mientras la verdad y la virtud son fines metafísicos y morales, la libertad para buscarlos es la condición política de esos fines y que una estructura social que mantiene la división de poderes es el medio indispensable a esa finalidad política. El debate del cual nacieron nuestras propias instituciones Americanas es un apropiado modelo de nuestro propio debate.

El obispo cristiano era en verdad la figura dominante en la vida de su época. Su posición era algo enteramente nuevo, sin precedentes en la antigua religión de la ciudad-estado y en el sacerdocio de las religiones orientales de misterio. No solamente poseía enorme prestigio religioso como cabeza de la Iglesia cristiana, sino que también era el dirigente del pueblo en materias sociales. Ocupaba la posición de un tribuno popular cuyo deber consistiera en defender al pobre y al oprimido y en cuidar de que el fuerte no abusara de sus privilegios. No temía el resistir u oponerse a una ley injusta ni el excomulgar a un gobernador opresivo; y la vida y correspondencia de San Ambrosio, San Basilio, Sinesio, o del mismo San Agustín, nos demuestran con cuanta frecuencia un obispo era requerido para que interviniese entre el gobernador y el pueblo, y con cuánta intrépidamente llevaban a cabo su cometido. En una ocasión, se cuenta, el prefecto pretoriano se ofendió tanto por la libertad de palabra de San Basilio, que declaró que nunca en su vida se le había hablado en forma semejante. "No cabe duda —explicó San Basilio— que nunca habéis visto a un obispo".

Christopher Dawson
(Ensayos Acerca de la Edad
Media —Aguilar S. A. Madrid)